



La biblioteca escondida

Mauro Alvaro Ramón



FONDO DE LA CULTURA DE MENDOZA
INSTITUTO PROVINCIAL DE LA CULTURA
GOBIERNO DE MENDOZA

©Mauro Ramón, 1998.
*Todos los derechos reservados.
La reproducción total o parcial
de esta obra queda sujeta
a la autorización previa del autor.*

La caravana imposible.

Mi nombre no importa. Lo único firme ahora son estas líneas, único testimonio y herencia de mi paso por este mundo; tan pobre he sido en la vida. Ya pronto ni eso quedará, porque también es mi destino quedarme sin recuerdos. En algún lugar sobre la interminable planicie desnuda estoy yo, sostenido por invisibles hilos a la cúpula del cielo.

- Erditch neider-

- ¿Qué?-

- Hort shimenstatt-

El viejo parecía enojado, tanto o más que yo, que luchaba por entender lo que me decía.

Nos encontrábamos frente a las chapas oxidadas de su refugio, que de lejos me hicieron pensar en una cabaña. Fue por eso que me acerqué hasta el lugar, perdido como estaba en ese desierto polvoriento y calcinado por el sol. Como siempre, los coches alquilados suelen reservar una sorpresa: yo la descubrí cuando comenzó a salir humo debajo del capó, a 200 km. de ninguna parte. Por suerte vi a lo lejos el techo oscuro, así que allí estaba yo, pidiéndole el teléfono al viejo por medio de señas, indicándole la hilera de postes que llegaban hasta el refugio.

Luego de un momento me dí a entender, y el viejo me hizo pasar a un pequeño cuarto que contrastaba con el exterior abandonado. Nada más entrar, vi el aparato sobre un barril de aceite que oficiaba de mesa, y fui directamente hacia él. La única habitación, de sencilla pulcritud, tenía un par de jergones en un costado, una pequeña cocina bajo una ventana que daba al fondo y algunos muebles. En la pared mayor colgaba una variada colección de cañas de pescar de todos los tipos y medidas, única decoración visible en toda la pieza. “Un viejo pescador”, pensé mientras discaba.

El viejo se había quedado en la entrada,. Había tomado una de las

cañas y me esperaba con su mano sobre el picaporte. Espié alrededor pero no ví ninguno de los trofeos que suelen exhibir los pescadores. Incluso me percaté de que la caña que sostenía no tenía hilo y mucho menos anzuelo.

Cuando colgué, me sentía exhausto. La caminata había sido larga, y faltaban por lo menos tres horas para que anocheciera; la grúa no llegaría sino hasta entonces. Salimos, y le agradecí con señas, a la vez que le explicaba someramente que debía esperar hasta la noche para que me recogiesen.

- *Berücht* - me dijo sonriendo. Como seguía sin entender, me tomó de la mano y me llevó detrás de la casa, por un pequeño caminito que bordeaba el refugio. Apenas dimos la vuelta, pude ver lo que el viejo quería mostrarme. No pude decir nada; me quedé allí donde estaba, clavado al suelo.

Del alero posterior de la casa, unas cuerdas partían hacia una estructura de palos que salía del suelo. Cientos, miles de esqueletos de peces colgaban de finos hilos translúcidos tendidos entre los postes.

Un largo espinazo de pez aguja vivoreaba entre otros más pequeños, de sábalos y arenques. Algunos cascos de erizos devolvían los rayos del atardecer asemejándose a pequeñas gotas suspendidas en una tela de araña. El viejo me señalaba con orgullo los dientes de un cazón, blancos como la cal, y las alargadas espinas de un pez sol.

Yo miraba todo azorado, mientras el viejo me guiaba a través del increíble cementerio, y llegamos finalmente a un sillón de barbería, donde se sentó con la caña entre sus manos.

Cuando lo vi allí sentado, con la mirada perdida en la nada, comprendí por fin que estaba loco, completamente ido. ¿Cuándo fue que se fugó de la realidad? ¿Qué le habría ocurrido entonces? . Permanecí a su lado un rato, aguardando estoicamente en silencio, hasta que mi cansancio volvió al ataque; entonces me acerqué y le pedí que me dejase descansar un rato en uno de los jergones.

El viejo sonrió y me condujo entonces a la casa, señalándome una de las camas. Me acosté y ...

... el anciano estaba sentado en el sillón, con la caña de pescar frente a él. Cruzando entre los esqueletos, me acerqué a su lado quedamente. El volteó apenas su cabeza y me sonrió, señalando los esqueletos.

- ¿Le gustan?- me preguntó. Yo le dije que sí, que me parecían hermosos. Le pregunté qué eran. - Son sueños. Los mejores sueños - contestó, y volvió a reclirse en su tarea.

Nos quedamos en silencio, bañados en la pálida luz del atardecer, él pescando los sueños de la gente, y yo mirando todo plácidamente junto a él, esperando...

- ¿Se siente bien?

Me desperté sobresaltado cuando el mecánico me tocó el hombro. El dolor en la frente me indicó que había estado un largo rato dormido sobre el volante.

- Tuvo suerte, jefe. Un viejo que pasó por aquí vio su motor humeando y me avisó, para que viniera a buscarle... ¿Le pasa algo?

- No, no, es sólo que... - balbuceé. Miraba extrañado hacia el paisaje. No había ninguna casa, ni postes que no fuesen los que iban al lado de la ruta.

(¿Había sido un sueño?) . Ayudé al hombre a enganchar el auto, y subí con él a la grúa. (¿Y el viejo?). El mecánico subió, y partimos rumbo al pueblo.- Allá atrás me pasó algo curioso - me dijo después, mientras manejaba. -Por un momento escuché un ruido como de olas, ¿ Me entiende ...?. Como si fuese el mar.

Miré hacia afuera sin decir nada, mientras nos perdíamos en la noche.

*Inmóvil, en el espacio y también en el tiempo. Mi sombra,
allá abajo, no cambia, aplastada por el sol que pende sobre mí.
Atado en esta red invisible, veo al mundo moviéndose sin descanso
casi bajo mis pies, describiendo un ciclo de días y noches que no
conozco, atrapado como estoy en esta breve inmortalidad.*

- En realidad no duele- me dijo, mientras palpaba sus piernas, enterradas en el piso hasta las rodillas.

Frey, como casi todos los habitantes de este lugar, tenía parte de su cuerpo en permanente contacto con la tierra. Se consideraba bastante afortunado, porque conocía de muchos que estaban peor.

Al principio, cuando llegué a ese lugar, me recibieron unos gigantescos pilares que marcaban el sitio donde comenzaba La Ciudad. Y digo esto pues no

existía una delimitación palpable, ni techos o paredes, ni calles, solamente un inmenso damero de seres que cubrían ese espacio. Casi todos ellos se referían al lugar como “La Ciudad”, y la sentían como una especie de madre, de entidad creadora que les daba cobijo.

Caminé entre bloques semihumanos que me veían pasar, las caras erosionadas por la indiferencia mirando en una sola dirección, marcada desde su nacimiento. Charlé con personas acomodadas en sillas que formaban parte de su espalda, y con otros cuyos codos y brazos se fundían con marcos de ventanas permanentemente abiertas.

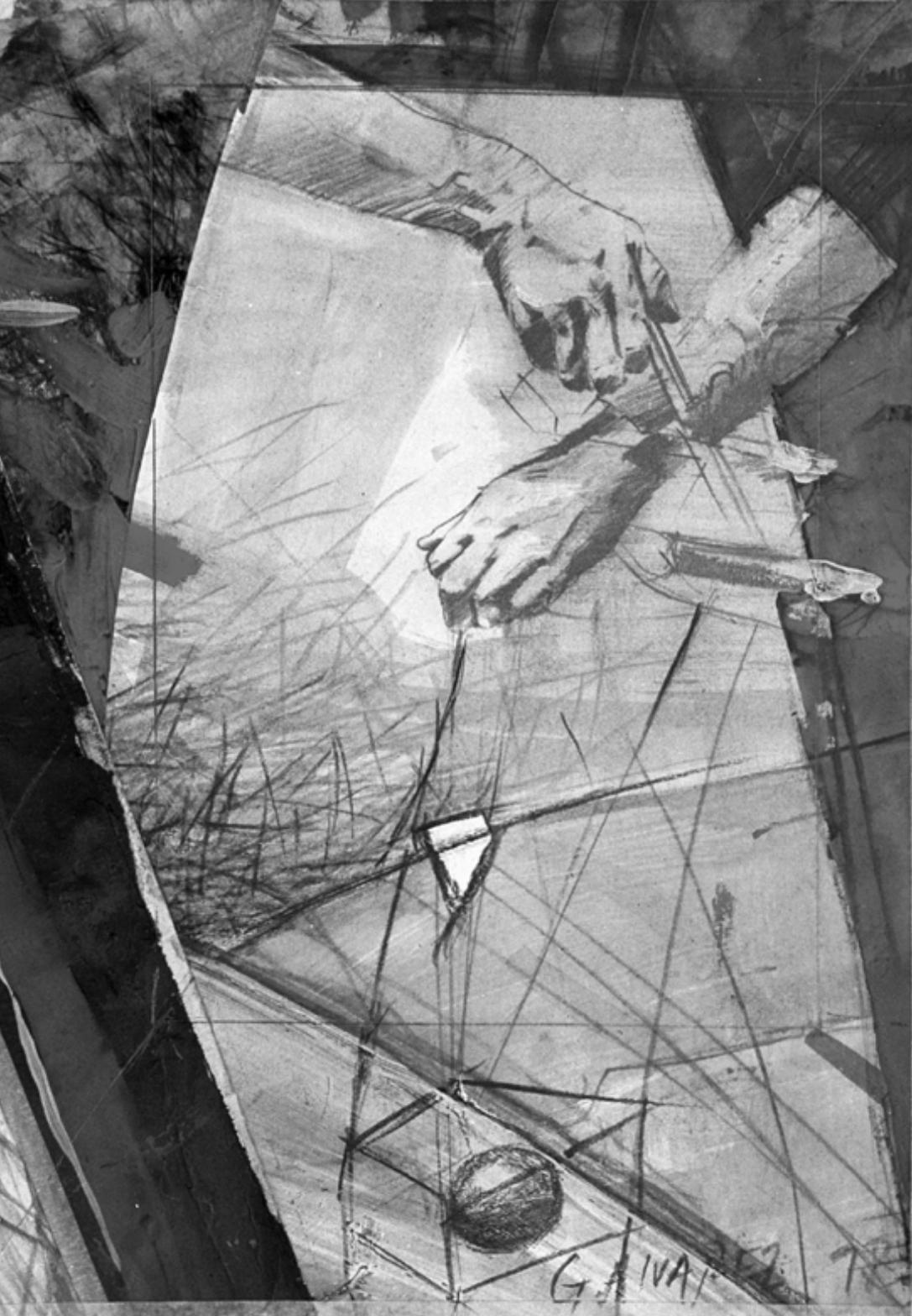
Giré en círculos con hombres atados a un largo cordón que partía de sus ombligos y terminaba en una circunferencia dibujada por sus propios pasos. Incluso encontré una muchacha que corría por ahí sin ninguna atadura. La perseguí un tiempo, tratando de averiguar adónde iba. A duras penas seguía sus pasos, apenas alcanzaba a verle su cabellera mugrienta, sus manos y pies llenos de tierra y barro seco, muy percutidos. En determinado momento cesó de correr y se hincó en el suelo, escarbando un hoyo rápidamente para luego meter su cabeza en él. Cuando me acerqué un poco, se levantó de pronto y salió corriendo, escupiendo barro por la boca y con los ojos entrecerrados, prácticamente ciegos bajo la capa de tierra.

De aquella fauna insólita, sólo logré hacer contacto con Frey . Debido a su inmovilidad, había desarrollado un intelecto brillante, pues conversaba largamente con otros de su misma condición, pero que, a pesar de su proximidad, nunca me dirigieron palabra. En cambio Frey parecía sincero ,y en ningún momento me brindó un mal gesto, ni signo alguno de hostilidad o envidia por mi condición de caminante y nómada. Pensando en los largos diálogos que mantuvimos, su elocuente erudición podría haberme mantenido en aquel lugar indefinidamente, y quién sabe, tal vez ése fuera su fin.

Pero un día, en medio de una conversación quise examinar de cerca sus piernas. Al levantarme de mi silla pude escuchar el leve rasguído de una tela invisible. Miré alrededor, sin distinguir nada extraño donde estaba sentado, pero por el rabillo del ojo noté una sombra en mi muñeca.

Acercándome más, pude ver un finísimo hilo que partía de mi mano y llegaba al lugar donde estuviera sentado, y también muchísimos más, que colgaban de mis piernas y flotaban suavemente en el aire, como leves telas de araña.

Frey me llamaba a grandes voces mientras me alejaba cada vez más y



sin mirar atrás, como un nuevo Lot, hacia algún lugar donde nada humano pudiera echar raíces jamás

Como un relámpago, cruza fugaz la imagen de un hombre sentado a la orilla del río, en espera del cadáver de su enemigo, ... pero ya no está. Soporto con las últimas fuerzas estas imágenes, estos recuerdos que no me pertenecen y que pasan ante mí como una caravana imposible, arrastrada por el mundo en su rodar.

Recuerdo un bosque, pero de árboles quemados. Largas hileras desordenadas de (¿pinos?, ¿abetos?) negros y grandes; también oscuros olmos de hojas azabache-grisáceas, de aquí al horizonte. Y en el suelo, el otoño, pero de cenizas, espesas cenizas. El único hecho en claro era que la llegada de los alisios en setiembre llevaba las cenizas lejos, depositándolas sobre otras praderas y otros jardines. Un día era suficiente para que el sol estival viera crecer los primeros retoños negros, que subían y subían como gigantes paraguas por doquier, y en el verano no era raro encontrar en el paisaje grandes boquetes oscuros, exentos de todo color.

El otoño, y las brisas de estío hacían el resto, y los bosques se llenaban de ramajes devastados, irguiéndose sobre el espeso manto de ceniza, semilla de esta inexorable jungla de carbón que algún día cubriría todo el planeta.

También habían jardines de ceniza, donde gendarmes patrullaban con absurdas caretas antigás, guiados por los sabuesos... pero no, ese es otro recuerdo que no me pertenece.

(Fin del fragmento. - Continúa en el libro.)